



«Yammerschuner»
Darwin y la darwinización
en Europa y América
Latina

Miguel Ángel Puig-Samper, Francisco
Orrego, Rosaura Ruiz y J. Alfredo
Uribe (editores)

«YAMMERSCHUNER»
Darwin y la darwinización en Europa y
América Latina

Miguel Ángel Puig-Samper,
Francisco Orrego,
Rosaura Ruiz y
J. Alfredo Uribe
(Eds.)

EDICIONES DOCE CALLES
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO (UNAM)
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS. CHILE
UNIVERSIDAD MICHOACANA. MÉXICO
UNIVERSIDAD AUSTRAL. CHILE

ÍNDICE

PRESENTACIÓN DE LOS EDITORES	11
De «sublime espectáculo» a «cordilleras paralelas». Darwin, Fitz Roy, Domeyko, Steffen y Holdich en los Andes	15
<i>Rafael Sagredo Baeza</i>	
Darwin y Fitz Roy, un trabajo conjunto en la expedición del <i>Beagle</i> sobre las misiones y el estado moral del hombre primitivo	39
<i>Armando García González y Miguel Ángel Puig-Samper</i>	
Evolucionismo a la francesa contra darwinismo a la alemana	69
<i>Antonello La Vergata</i>	
El impacto del evolucionismo en la teoría de la degeneración: Emil Kraepelin y la biologización de los hechos sociales	93
<i>Sandra Caponi</i>	
Estudio comparativo sobre la recepción e introducción del darwinismo en Francia y México a finales del siglo XIX	99
<i>Rosaura Ruiz Gutiérrez, Ricardo Noguera Solano y Juan Manuel Rodríguez Caso</i>	
La paleontología mexicana en la época de Darwin	113
<i>José Alfredo Uribe Salas</i>	
Enrique Godínez, el primer traductor al español de <i>El origen de las especies</i> : una biografía	141
<i>Alberto Gomis</i>	
Darwin en Canarias. Controversias antropológicas sobre el origen de los antiguos habitantes de las islas Canarias en el final del siglo XIX	155
<i>Carmen Ortiz</i>	
La experiencia española de Haeckel antes de su recepción en España	175
<i>Marcos Sarmiento Pérez</i>	

El darwinismo republicano y librepensador de un joven naturalista: Odón de Buen y del Cos y las <i>Dominicales del Librepensamiento</i> (1883-1900)	201
<i>Álvaro Girón</i>	
Evolución humana, Paleoantropología y Teología en España durante el franquismo (1939-1975)	225
<i>Francisco Pelayo</i>	
Entre Darwin y Dios: Teodoro Wolf y las primeras clases universitarias sobre <i>El origen de las especies</i> dictadas en el Ecuador (1871)	255
<i>Nicolás Cuví, Elisa Sevilla y Ana Sevilla</i>	
Prospecções darwinistas no litoral do Brasil: as coleções biológicas das expedições da universidade de Stanford (1899-1911)	279
<i>Almir Leal de Oliveira</i>	
O Museu Nacional e o darwinismo no século XX	295
<i>Heloisa Maria Bertol Domingues y Magali Romero Sá</i>	
Regenerar pela educação do corpo e seleccionar pelas aptidões naturais: duas concepções em práticas educacionais no Brasil (1910-1930)	309
<i>Regina Cândida Ellero Gualtieri</i>	
Dirigir el azar: Iglesia católica, evolucionismo y eugenesia en Argentina	327
<i>Gustavo Vallejo y Marisa Miranda</i>	
Edward Poulton y la polaridad próximo-remoto	345
<i>Gustavo Caponi</i>	

PRESENTACIÓN DE LOS EDITORES

El interés de un grupo de investigadores por el estudio de la figura de Darwin, por la historia de las ideas darwinistas y de la evolución, por el desarrollo de la biología y sus conexiones con la sociedad en el espacio americano y europeo, ha permitido que se vengan realizando coloquios científicos que vienen entregando unos interesantes resultados para la comunidad científica. Los buenos resultados de estos coloquios han dado origen a interesantes libros como *El darwinismo en España e Iberoamérica* (1999), *Evolucionismo y cultura* (2002), *Darwinismo, meio ambiente, sociedade* (2009) y, recientemente, el volumen titulado *Darwinismo, biología y sociedad* (2013).

Entre los días 23 y 25 del mes de octubre del año 2013 se celebró el Vº *Coloquio sobre darwinismo en Europa y América* en la ciudad de Valdivia en Chile. El desarrollo de esta actividad fue posible gracias al trabajo, incluso la obsesión, de este grupo de investigadores que integran la «Red de Estudios de Historia de la Biología y la Evolución» y del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile institución que cobijó y apoyó este encuentro.

Que este último encuentro se haya realizado en la ciudad de Valdivia tiene un carácter histórico especial. Una ciudad que ha sido, y es parte, de esas historias insulares y fronterizas, incluso archipilísticas, que culturalmente han configurado la sociedad americana desde el siglo XVI. El viaje de Darwin por la América meridional en el *Beagle* lo llevó a detenerse en el «engañoso puerto de Valdivia» como lo describió Robert Fitz Roy en su diario. Desde su llegada a la ciudad, Darwin, se interesó y admiró con las costumbres de los aborígenes de la zona, convivió con la dureza del clima y se impresionó con el subterráneo temperamento de la tierra de Chile. El 20 de febrero de 1835, Darwin experimentó, en Valdivia, el duro terremoto que azotó la ciudad de Concepción.

El título principal de este libro que ahora editamos, *Yammerschuner*, es un guiño a ese cercano contacto que el gran naturalista británico mantuvo con los indígenas americanos en su viaje en el *Beagle*. Las palabras del propio Darwin en el *Diario* el 19 de enero de 1833 en su interacción con los fueguinos dan una idea de la extrañeza y curiosidad que sintió en estos encuentros:

Era tan fácil complacer a estos salvajes como difícil dejarlos satisfechos. Jóvenes y viejos, hombres y niños no cesaban de repetir la palabra *yammerschuner*, que significaba dame a mí.

Así, el propósito de este último coloquio en Chile fue reunir a distintos investigadores que pudiesen seguir profundizando en la figura de Darwin y las controversias que levantaron sus ideas en las comunidades científicas. Tal como ha observado Niles Eldredge en su libro *Darwin. El descubrimiento del árbol de la vida* (Buenos Aires: Katz Editores, 2009), las ideas sobre la evolución siguen siendo objeto de apasionados debates y, aun hoy, se puede escuchar que la «evolución es solo una teoría». Pero también el objetivo fue observar el impacto de las ideas sobre la evolución en otras áreas de conocimiento y, especialmente, precisar cómo su experiencia en la América meridional aportó al desarrollo de estas ideas desde una perspectiva amplia. De manera que destacó en la celebración de este encuentro, el conjunto de planteamientos diversos y su interés por el diálogo disciplinar. Ese fue el espíritu del coloquio.

En esa línea de trabajo, y en una feliz coincidencia, la Universidad Austral de Chile desde sus inicios ha promovido los estudios que vinculan la ciencia, la sociedad y las humanidades siendo una de las pocas universidades en Chile que cuenta con una cátedra formal y estable de Historia de la Ciencia. Debido a eso, la UACH no solo quiso apoyar académicamente esta iniciativa que significó la oportunidad de acoger a destacados investigadores en el estudio del darwinismo. También se sintió con la responsabilidad de llevarla a cabo como resultado de su propia historia. El coloquio fue organizado en cuatro grandes secciones de trabajo que mostraron la diversidad de problemas y los diversos enfoques que se pueden tomar para aproximarse al estudio histórico de la figura de Darwin, el darwinismo, la aceptación o no de sus ideas y la reformulación de estas. Los trabajos que integran este volumen fueron resultado de ese esfuerzo y atrevimiento conceptual y disciplinar mostrado por los investigadores que participaron en el coloquio, en su interés por ampliar el conocimiento histórico sobre el trabajo del sabio inglés y su asimilación por el resto de la sociedad.

En consecuencia, el libro que editamos es un reflejo de los trabajos presentados tras una evaluación, y nos ayuda a comprender lo que hemos denominado la «darwinización» de Europa y América Latina, recordando el término empleado por el filósofo evolucionista Carlos Castrodiza en su libro *La darwinización del mundo* (Barcelona: Herder, 2009). Así encontramos en sus páginas artículos que describen y analizan la estancia de Darwin en algún punto de su viaje con reflexiones científicas e ideológicas, como en los trabajos de Rafael Sagredo sobre los Andes o el de Armando García y Miguel Ángel Puig-Samper sobre sus comentarios junto al capitán Fitz Roy en torno al llamado hombre primitivo en un escrito poco conocido publicado en Sudáfrica. Asimismo, son destacables en este estudio los análisis sobre el impacto de Darwin y la darwinización en Francia, Alemania o México, como en los artículos de Antonello La Vergata, Sandra Caponi, y Rosaura Ruiz, Ricardo Noguera y Juan Manuel Rodríguez Caso, de carácter comparado, así como el de J. Alfredo Uribe dedicado al estudio de la paleontología mexicana.

Un segundo grupo profundiza en la importancia del darwinismo en España, como Alberto Gomis, que da a conocer la biografía del traductor Enrique Godínez, Carmen Ortiz, que sitúa la polémica darwinista en las islas Canarias, Marcos Sarmiento, que hace una gran contribución al estudio de Haeckel, Álvaro Girón, que completa su investigación sobre el joven Odón de Buen y Francisco Pelayo, que nos revela la

controversia entre la teología y la paleontología en la España franquista. En el ámbito latinoamericano encontramos los casos de Ecuador, con la contribución de Nicolás Cuvi, Elisa Sevilla y Ana Sevilla, Brasil, con las valiosas aportaciones de Almir Leal de Oliveira, Heloisa M^a Bertol Domingues y Magali Romero Sá, y Regina C. Ellero Gualteri y Argentina, con el estudio de la Iglesia católica, el evolucionismo y la eugenesia de Gustavo Vallejo y Marisa Miranda. Acaba el libro con una aportación teórica de gran interés realizada por Gustavo Caponi sobre Edward Poulton.

Finalmente, el presente volumen ha sido posible gracias al esfuerzo de muchas instituciones y personas que permitieron ver realizado el interés y anhelo de todos quienes participaron en la celebración del coloquio y en la edición de este libro. La Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Austral de Chile, y el proyecto DID S-2013-30 financiado por la Dirección de Investigación y Desarrollo de la misma universidad, apoyaron desde el comienzo el trabajo de esta edición. El aporte del Instituto de Historia del CSIC, a través del proyecto HAR2013-48065-C2-2-P, también resultó de gran importancia para poder concluir este libro. Por último, el respaldo de la Universidad Nacional Autónoma de México, la Pontificia Universidad Católica de Chile, la DIBAM de Chile y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo de México, fue relevante para dar a luz la obra que el lector ahora tiene a su disposición. Esperamos que este nuevo libro sobre la figura y la obra de Charles Darwin sea un aporte más a ese «mundo de los estudios darwinianos».

Los Editores

DE «SUBLIME ESPECTÁCULO» A «CORDILLERAS
PARALELAS».
DARWIN, FITZ ROY, DOMEYKO, STEFFEN Y HOLDICH EN
LOS ANDES¹

Rafael Sagredo Baeza²

En el extremo sur de Chile, con los Andes a la vista, Charles Darwin plasmó en su diario la primera impresión que la cadena montañosa provocó en él. Entonces escribió: «esas masas inmensas de nieve, que no se funden jamás y parecen destinadas a durar tanto como el mundo, presentan un gran, ¿qué digo?, un sublime espectáculo» (Darwin, 1839: 175)³. Incluso el capitán Robert Fitz Roy, corrientemente parco y ajeno casi a toda manifestación explícita de sus emociones, reflejó la expectativa que la contemplación de la cordillera provocaba, escribiendo, cuando la apreció por primera vez: «¡Al fin los Andes estaban a la vista!» (Fitz Roy, 1839: 306)⁴.

La cordillera de los Andes tiene en los textos e ilustraciones de los tripulantes del *Beagle* una presencia imposible de soslayar. Identificar la forma en que fue descrita,

¹ Preparado en el contexto del proyecto FONDECYT N° 1130515, «Los hombres de los límites. La delimitación y demarcación de la frontera chileno-argentina. 1881-1908».

² Académico de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Conservador de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional.

³ Todas las referencias son de una versión existente en internet del *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, traducción de la segunda edición publicada por Darwin de la obra a la que entonces cambió su título, pero en la que el contenido original de 1839 se mantuvo en lo esencial como explica en el nuevo prólogo.

⁴ Todas las citas de Fitz Roy son de la edición en español de su obra original publicada en 1839. De regreso en Inglaterra, junto a la cartografía, instrucciones de navegación y material relativo a su viaje, Robert Fitz Roy trabajó en la preparación de un libro en el que dio cuenta de las comisiones hidrográficas en que participó entre 1826 y 1836, presentando un recuento completo del primer viaje y la narrativa del segundo que él comandó a bordo del *Beagle*. La edición en tres tomos y un apéndice se tituló *Narrative of the Surveying Voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle...*, apareció en 1839 y constituye una fuente esencial para el conocimiento de la empresa hidrográfica llevada adelante por los ingleses en América del Sur. El tomo primero es el diario de Phillip Parker King, el segundo el de Fitz Roy, y el tomo tercero de la obra es el relato de Charles Darwin conocido como *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*.

estudiada, ilustrada y representada es nuestro objetivo. Considerando el papel que la cordillera ha tenido y tiene en nuestra sociedad, así como su condición de fenómeno delimitador de la frontera chileno-argentina, legalmente a partir de 1881, pero naturalmente desde la época colonial, en la perspectiva de la historia de la ciencia es necesario conocer las caracterizaciones, estudios y representaciones que se han hecho del macizo andino. Desde un punto de vista global y amplio, por ejemplo para explicar el uso que de este fenómeno natural hizo Darwin para avanzar, analizar y justificar los planteamientos que terminarían formando parte de su teoría de la evolución; mientras que en una mirada local y acotada, para conocer los antecedentes científicos, geográficos e intelectuales con que contaron quienes suscribieron el tratado de límites chileno-argentino de 1881⁵. Cuyos efectos son objeto de nuestra preocupación en lo relacionado con su implementación práctica y repercusiones sobre el conocimiento geográfico de, por mencionar un aspecto abordado tanto por Darwin como por Fitz Roy, la estructura geográfica de los Andes, motivo de controversia entre los peritos encargados de delimitar y demarcar la frontera entre Argentina y Chile.

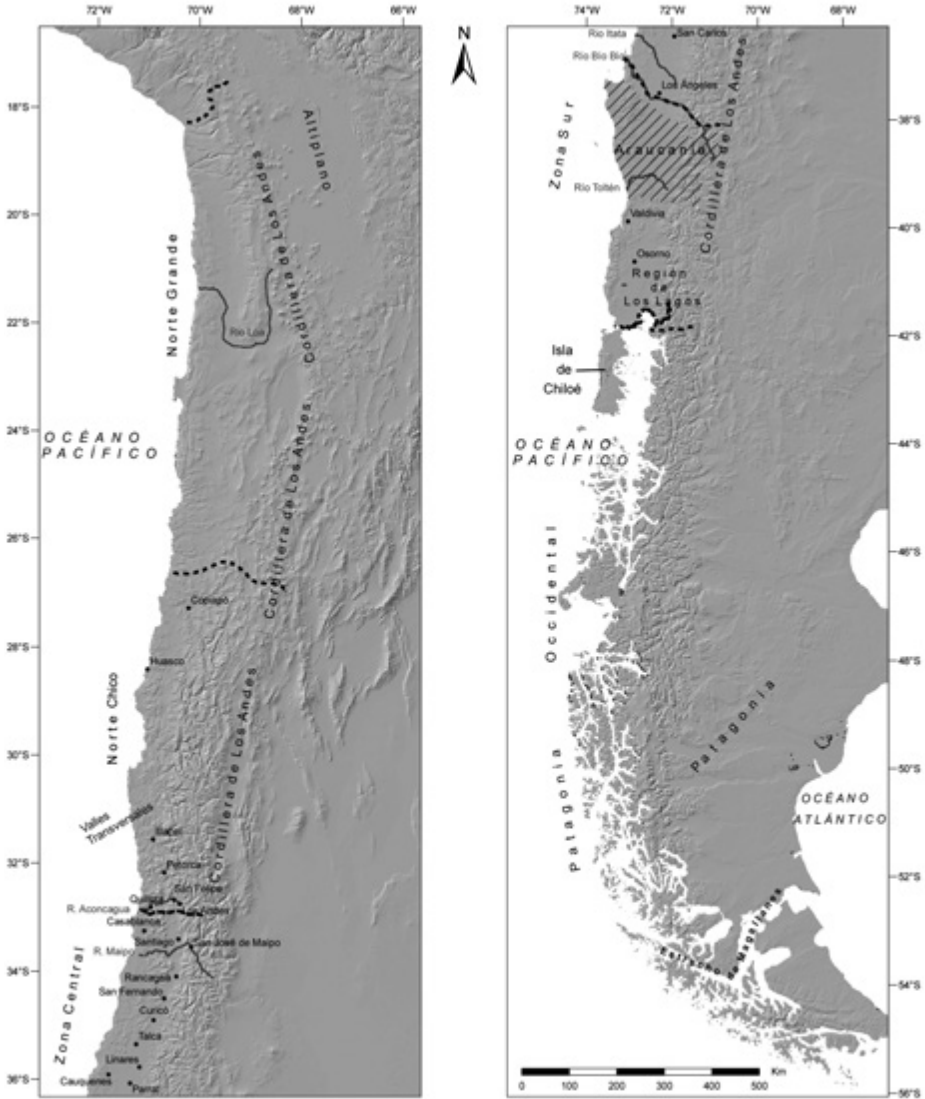
Abordar estos temas considerando como conjunto los escritos de los principales tripulantes del *Beagle*, Robert Fitz Roy y Charles Darwin, se justifica entre otras razones porque dos de los textos más difundidos de ambos científicos fueron publicados originalmente en 1839 como una sola obra en tres volúmenes titulada *Narrative of the Surveying Voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle*; porque esa edición fue la que más oportunidades tuvo de ser conocida en América, también por el interés que todavía entonces despertaban las relaciones de viaje; porque los demás escritos de Darwin tuvieron una circulación acotada por su carácter monográfico o por haber sido publicados en revistas científicas europeas de escaso conocimiento en América meridional; y, por último, porque la obra que Darwin dedicó a la cordillera de los Andes es una proyección, ahora desde el punto de vista estrictamente geológico, de todo lo observado y deducido en su periplo americano y andino, además de reflejar evidentemente lo señalado más arriba para sus textos especializados.

Una hipótesis para comenzar. Según la aprecien como forma del relieve o como geografía en relación a la población de América meridional, la cordillera de los Andes fue para los viajeros del *Beagle* un fenómeno natural flexible y multiforme. Una característica que Chile y Argentina rápidamente olvidaron, si es que alguna vez la consideraron, como lo demuestra el tratado que suscribieron en 1881, a través del cual la política pretendió someter la monumentalidad y heterogeneidad de las formas geográficas cordilleras, así como su versatilidad en tanto medio de comunicación de vertientes oceánicas, a la precisión y rigor del texto jurídico. Intentado transformar los cordones, sierras, estribaciones, pasos, valles y cumbres andinas en una sola forma, la de una frontera monolítica⁶. Un imposible generador de prácticamente todas las controversias limítrofes entre

⁵ En el artículo 1° del acuerdo se lee: «El límite entre Chile y la República Argentina es, de Norte a Sur, hasta el paralelo cincuenta y dos de latitud, la Cordillera de los Andes. La línea fronteriza correrá en esa extensión por las cumbres más elevadas de dicha Cordillera que dividan las aguas y pasará por entre las vertientes que se desprenden a un lado y otro».

⁶ Cuando años después de firmado el Tratado de 1881 los estadistas comprendieron lo que hombres como Fitz Roy y Darwin habían escrito en la década de 1830, y otros naturalistas confirmado a lo largo del

Zonas geográfico-históricas de Chile



--- Limite zona geográfico-histórica // Araucanía

Mapa de Juan Pablo Astudillo

ambos países; en cuya resolución la ciencia, el conocimiento, los naturalistas y los científicos, cumplieron un papel relevante, ya sea que fueran o no considerados por los estadistas en sus determinaciones. Materia que es objeto de nuestro estudio.

Thomas H. Holdich, el geógrafo inglés que arbitró a nombre del rey de Inglaterra en las disputas limítrofes en los Andes sometidas a su consideración, y cuyas experiencias en ese y otros casos le permitieron escribir un tratado sobre la materia, en el capítulo sobre los problemas geográficos en la delimitación fronteriza alude al caso chileno-argentino con palabras que reflejan la interpretación que ofrecemos a partir de las experiencias de Fitz Roy, Darwin, Domeyko y Steffen en los Andes.

Holdich afirma que además de la ignorancia sobre las condiciones geográficas de la zona fronteriza, quizás lo peor para definir un límite sea una geografía imprecisa. Y que indudablemente en la historia reciente el ejemplo más notable de esta forma errónea de delimitación, alentada por un antagonismo peligroso, es el que afloró entre dos grandes repúblicas sudamericanas, Argentina y Chile, a propósito de la partición de la Patagonia (Holdich, 1916: 186-190).

Las experiencias de naturalistas, hidrógrafos y geógrafos en los Andes a lo largo del siglo XIX permite identificar el proceso en virtud del cual la cordillera pasó de objeto de contemplación a sujeto de exploración y estudio sistemático, como el caso de Charles Darwin lo demuestra contundentemente. El interés que científicos como Parker King, Fitz Roy, Darwin, Domeyko, Steffen y Holdich mostraron por el macizo andino se explica tanto por lo que este representaba como elemento para analizar la geología del planeta, como ocurre con la obra de Darwin sobre ella; por la importancia de conocer su estructura geográfica, como interesa al perito de límites Hans Steffen; o como ejemplo para la política de que la ignorancia geográfica tenía consecuencias negativas a la hora de establecer fronteras, como se empeña en demostrar Thomas Holdich.

Los trabajos de todos los nombrados reflejan también que en el proceso de transformarse en objeto y sujeto de estudio científico, la cordillera fue siendo despojada, a lo menos en el texto, de su carácter de fenómeno natural privilegiado para la contemplación de la naturaleza, entre otras razones por su monumentalidad y el impacto sensorial que su vista provoca. Prueba de ello son la relación de su viaje y las *Observaciones geológicas en América del Sur* de Darwin. Pero también las diferencias existentes entre los textos del propio Darwin, Parker King y Fitz Roy y Domeyko, todos con numerosas evocaciones a la cordillera como paisaje, verdadero cuadro de la naturaleza, respecto del que citamos de Steffen, en los que la necesidad de estudiar, describir e identificar la cordillera para efectos de fijar una línea fronteriza despoja al científico, o a lo menos a su texto, de prácticamente toda referencia estética y sensorial provocada por la contemplación de la naturaleza que son los Andes, ahora transformados por la observación científica en estructura geológica y geográfica a la cual solo se suman adjetivos y conceptos técnicos precisos que buscan eliminar toda subjetividad.

siglo XIX, acordaron firmar el «Protocolo Adicional y Aclaratorio del Tratado de Límites de 1881» de 1893. En este, y atendiendo a la realidad andina, consagraron el principio de exclusión bioceánica, resumido en la expresión «Chile no puede pretender punto alguno hacia el Atlántico como la República Argentina no puede pretenderlo hacia el Pacífico».

Ejemplo de las etapas de este proceso es la obra de Ignacio Domeyko sobre la cordillera, en la cual se reúnen el análisis del geólogo y estudioso de la minería con la mirada del hombre sensible, incluso romántico, que no puede permanecer impasible ante los panoramas que su objeto de estudio le ofrece y traspassa a su obra científica la conmoción emocional que provocan los Andes.

ESTREMECIDO POR LOS ANDES

La primera alusión a la cordillera de los Andes existente en el diario que Robert Fitz Roy llevó durante su viaje de circunnavegación es la provocada por la vista del Pico de Tenerife, en medio del océano. Justificando la descripción que hizo del que llama «monarca del Atlántico» y su «magnífica vista», con su cumbre que «resplandecía con los rayos del sol de la mañana», el marino se muestra consciente que para las personas que han visto los Himalayas y los Andes «en toda su grandeza», dicha visión solo se ha vuelto «clásica por sus asociaciones históricas y por las descripciones de Humboldt y muchos viajeros distinguidos» (Fitz Roy, 1839: 59). Demostrando así que era consciente de la majestuosidad del macizo andino que lo aguardaba en América del Sur que, seguro, ya conocía por haber sido parte de la comisión hidrográfica encabezada por el capitán Roger Parker King entre 1826 y 1830 quien, en su momento, también apreció los Andes y contribuyó a la caracterización del litoral del Pacífico austral.

Las alusiones de Parker King a la que llama «gran cadena de los Andes» son escasas y breves. Alguna a propósito de otros hechos y situaciones en que es solo una referencia marginal, y otra para describirla como una cordillera que tiene su origen en la parte norte del continente y que se prolonga hasta su extremo sur, señalando sus características en el territorio chileno en relación con su altura, que va bajando de norte a sur; y su cercanía al mar hasta introducirse en el océano y ser bañada en su base por sus aguas en el extremo meridional de América del Sur, dando forma a una costa desmembrada compuesta por canales y archipiélagos, algunos de los cuales el marino identifica como principales (Parker King, 1839: 565-566).

Como Fitz Roy y Darwin después, el capitán Phillip Parker King también expresó las impresiones que le provocaron los Andes. Por ejemplo, cuando trasladándose de Valparaíso a Santiago a finales de julio de 1829, en pleno invierno, pudo contemplar la cordillera entre las nubes desde la cuesta de Lo Prado. El relato de una situación tal vez decepcionante por la vista parcial de los que llama «Andes imponentes», cuya belleza entonces no se apreció en toda su elocuencia, se completa con la información de que «en un buen día, cuando la cordillera está descubierta, la vista es magnífica». Aun cuando para él era todavía «más impresionante cuando sus laderas inferiores están ocultas y sus cumbres parcialmente expuestas». La descripción termina con la afirmación de que «en cualquier circunstancia, la visión de la montaña desde la cuesta Lo Prado es magnífica y produce un efecto indescriptible» (Parker King, 1839: 209).

Las palabras de Parker King demuestran que, como es imposible evitarlo estando en Chile, contempló los Andes en numerosas oportunidades. Y aunque no registró en su diario más impresiones que la citada, esta sola referencia demuestra que la cordillera impactó su sensibilidad estética en tanto naturaleza imponente.

En el caso de Fitz Roy la cordillera se ofreció primero como un placebo para sus expectativas y esfuerzos, lo que se expresa también en detalles como el nombre con que describe el contenido del capítulo XVI de su narración «See Andes» («se ven los Andes» o «ver los Andes»), en el que da cuenta de su avistamiento en la Patagonia después de días remontando el río Santa Cruz, aparentemente sin grandes avances hasta la exclamación reparadora: «Montañas distantes en el oeste cubiertas de nieve. ¡Al fin los Andes estaban a la vista!» (Fitz Roy, 1839: 306). Transformándola desde entonces en una referencia esencial en América meridional.

Tres o cuatro tópicos son los que se pueden identificar en la narración del hidrógrafo de la marina real en relación con los Andes: como fenómeno natural para la contemplación; como estructura geológica y geográfica; como frontera y vía de comunicación; y como elemento caracterizador de Chile. Todos ellos mezclados y en medio de diferentes escenarios pues, aunque el *Beagle* entró por el cabo de Hornos al Pacífico, su derrota lo llevó por la costa de Chile hacia el norte, dando oportunidad a sus tripulantes de apreciar muy diferentes formas y perspectivas de la cordillera, la que de este modo se transforma permanentemente en las percepciones y descripciones que Fitz Roy, Darwin y otros tienen y hacen de ella. En la obra del marino inglés el imponente fenómeno natural es objeto y fuente de conocimiento científico, estímulo sensorial para la manifestación de diversas impresiones y, también, elemento diferenciador de sociedades y estados.

En tanto naturaleza, la primera y real aproximación de Fitz Roy a los Andes es como navegante, surcando los canales del extremo austral de América del Sur contenidos por márgenes formados, precisamente, por la montaña desmembrada por la erosión del agua y el viento y los movimientos de la corteza terrestre. En las inmediaciones de caleta Cutfinger su relación del paisaje, matizada de conceptos propios de un viajero romántico, muestra el impacto que le produjo, tanto como las múltiples posibilidades de descripción que ofrecía. Ahí fue que escribió: «Desde este lugar, o mejor desde una colina sobre él, la vista es sorprendente, cerca de nosotros se hallaba un macizo de alturas muy elevadas que impedían los fríos vientos meridionales y recogían algunos rayos de la luz del sol que procuraban contener con las frecuentes nubes de la Tierra del Fuego. En el lado opuesto, más allá de un profundo brazo de mar, apareció una extensa cordillera de montañas, cuyos extremos la vista no podía rastrear, y hacia occidente vimos un inmenso canal, que parecía un trabajo artístico gigantesco, extendiéndose entre cordilleras paralelas de montañas, cuyas cimas estaban coronadas de nieve, aunque sus laderas se hallaban cubiertas de bosques interminables» (Fitz Roy, 1839: 186).

Fitz Roy descompone el macizo andino en sus partes esenciales, base, cumbre, laderas; en sus elementos característicos, nieve, sol, sombra, viento y frío; y en sus asociaciones más llamativas como las «cimas cubiertas de nieve». Todo parte de un conjunto que siendo naturaleza es un «paisaje», «artístico» en muchas ocasiones, e inesperado por su detalles la mayor parte de las veces. Como cuando al momento de salir de una ensenada entre los canales, «se abrió un sorprendente paisaje» que describe detalladamente, utilizando metáforas normalmente ajenas a su estilo esencialmente descriptivo, componiendo con su texto un verdadero «cuadro de la naturaleza»:



Vista del Monte Sarmiento, el *Beagle* en el Pacífico sur. Reproducido de Robert Fitz Roy, *Viajes del 'Adventure' y el 'Beagle'*. Diario.

Más allá de una expansión de profunda agua azul, como un lago, las montañas se elevaban abruptamente a una gran altura y en sus cimas heladas resplandecían los rayos del sol temprano, como en un espejo. De inmediato se hallaban a nuestro alrededor eminencias montañosas y precipicios de oscuros acantilados que dejaban caer una sombra intensa sobre el agua estancada sobre ellos (Fitz Roy, 1839: 189).

Navegando entre el continente y la Tierra del Fuego es donde Robert Fitz Roy asienta que «disfrutamos de una hermosa vista de la elevada montaña, con sus inmensos glaciares extendiéndose a lo lejos y a lo ancho», ofreciendo así otra de las características de los Andes en el extremo austral, la presencia de los «ríos de nieve» como en el siglo XVIII los llamó el piloto José Moraleda⁷. Pero también atendiendo a las diferentes posibilidades que la cordillera ofrecía para su apreciación pues ahí, aunque sus cumbres no eran tan elevadas, bañada por un laberinto de canales, cayendo abruptamente hacia el mar, con un corto espacio entre el agua salada y la cima helada, como advierte el marino llamando la atención sobre la perspectiva como un factor a considerar, «el efecto sobre la vista del observador es muy grande e igual, probablemente, al de las más altas montañas que están situadas a cierta distancia tierra adentro» (Fitz Roy, 1839: 196).

⁷ Véase nuestro trabajo «Navegando entre ríos de nieve. El piloto Moraleda en la costa patagónica».

El hidrógrafo concentrado y experimentado que era Fitz Roy tuvo sensibilidad para atender a las manifestaciones de la naturaleza que se expresaban en la cordillera en el sur del continente, sumando nuevos estímulos para los sentidos. «Donde quiera que se observaban estos enormes glaciares, escribió, notábamos la más hermosa luz azul o los matices verdes del mar en porciones de hielo macizo». El azul era el color predominante, continúa, y «el contraste de su matiz delicado en extremo, como el blanco deslumbrante de otros hielos, producido por el follaje verde oscuro, los precipicios casi negros, y el profundo azul índigo del agua, eran muy notables». Pero al color y las tonalidades de la naturaleza, sumó todavía otra expresión, el «atronador estrépito» producido por el derrumbe de todo el frente del farallón helado del glaciar que provocó sonidos cuyos ecos «resonaban en todas direcciones desde las elevadas montañas que nos rodeaban»; mientras la agitación se manifestaba en «olas rompientes» en medio de un mar que repentinamente embraveció (Fitz Roy, 1839: 196).

El desprendimiento de grandes masas de hielo desde los glaciares y ventisqueros llevan a Darwin a reflexionar sobre el efecto de las masas de agua abruptamente removidas, pero también sobre el interés que ofrecen para explicar el transporte de bloques erráticos y su posición actual por efecto de la elevación del suelo. Tomando partido en una polémica de su época, concluye que «muy pocos geólogos dudan hoy de que los bloques erráticos que se encuentran cerca de las altas montañas, han sido llevados por los mismos ventisqueros, y que los que se encuentran a gran distancia, sumergidos en las capas subacuosas, han sido acarreados a esos lugares por montañas de hielo o retenidos por los hielos de la costa» (Darwin, 1839: 180). Lo que probaba la relación entre el transporte de los bloques erráticos y la presencia del hielo bajo cualquier forma.

Las posibilidades que la naturaleza y la presencia de la cordillera ofrecían en medio de los canales del sur hizo que Fitz Roy asentara, a propósito de su travesía en la zona, «disfrutamos de algunas vistas excelentes», entre las cuales, como la existencia de un grabado lo demuestra, el monte «Sarmiento era preeminente» (Fitz Roy, 1839: 315).

La oportunidad de apreciar la cadena montañosa se presentó reiteradamente frente a las costas de Chile central. Por ejemplo, cuando navegando hacia el norte a la altura de la desembocadura del río Maipo, Fitz Roy escribió en la bitácora del día 22 de abril de 1835, que «antes de la salida del sol, tuvimos una vista espléndida de la cordillera de los Andes despejada de nubes y claramente visible desde el sureste casi hasta el norte». En esta zona, era la cima del Aconcagua, con sus cerca de 6.900 metros, la que «sobresalía sobre todas las demás», asentó (Fitz Roy, 1839: 368).

La experiencia acumulada es lo que le permite aconsejar, ya al final de su navegación por las costas de Chile, que «el momento justo antes de salir el sol es por lo general el más favorable para disfrutar de una vista clara de los Andes en toda su majestuosa grandeza». La razón es que cuando los rayos del sol trasponen sus cumbres dando sobre los valles situados entre la cordillera y el mar, «las nubes de vapor se alzan desde todas partes y, durante el resto del día, con pocas excepciones, oscurecen las alturas distantes» (Fitz Roy, 1839: 413). Pero la racionalidad que exhibe el hidrógrafo no evitó que en tanto naturaleza salvaje los Andes también se presentaran para el hombre de su tiempo como sublimes, por ejemplo, cuando en medio de los canales del

sur, «entre las montañas cubiertas de nieve», confesó sobrecogido, «cuya vista lo hace a uno estremecerse» (Fitz Roy, 1839: 136)⁸.

Una conmoción similar experimentó Charles Darwin navegando en medio de la costa desmembrada, momento en el que escribió: «En estas tristes soledades que ahora examino, parece que en lugar de la vida reina la muerte como soberana»; o «los numerosos canales que se pierden en las tierras, y entre las montañas, revisten tintes tan tétricos que parece como si condujeran fuera de los límites de este mundo» (Darwin, 1839: 173-174). Definitivamente sobrecogido por el lúgubre panorama, y nada menos que en Puerto Desolación, asentó, «comienza el invierno y nunca he visto paisaje más triste y sombrío». Solo la continuación de la navegación con la «vista de la silueta de las montañas» y de «esas inmensas masas de nieve que presentan un espectáculo sublime», sacan a Darwin de su estado melancólico y lo hacen reencontrarse con sus estudios geológicos (Darwin, 1839: 169 y 175).

LAS MÚLTIPLES FORMAS CORDILLERANAS

Robert Fitz Roy también se interesó en los Andes como realidad geográfica objeto de interés científico, por lo pronto, respecto de sus alturas máximas, que entonces algunos creían estaban en los Andes ecuatorianos. Para el marino, «las mediciones del Aconcagua y del Villarrica tomadas por el *Beagle* demostraban que hay mucho que investigar sobre el tema». Y aunque no se atrevió a afirmar categóricamente que el Aconcagua era la cima de América, como efectivamente lo es, lo insinuó fundado en las mediciones realizadas por su expedición (Fitz Roy, 1839: 413-414). Su interés también puede explicarse en la instrucción que recibió del Almirantazgo inglés para su comisión, en la que se lee: «Debe ser considerada una rama esencial del reconocimiento náutico dar la altura perpendicular de todas las colinas y elevaciones notables» (Fitz Roy, 1839: 49). Medida que en las costas de Chile se puede practicar también con las cimas andinas en virtud de la cercanía de la cordillera a la costa y la posibilidad de observar y medir sus cumbres desde el mar.

En tanto relieve en altura el geógrafo que era también Fitz Roy apreció las posibilidades que ofrecía la cordillera, en particular «para hacer a ojo esbozos de la línea

⁸ Fitz Roy utiliza la palabra sublime solo en una ocasión en su diario, cuando aludiendo a la costa norte de Chile y sur del Perú, refiere al apéndice sobre ellas ya mencionado para informarse de sus características. Pero demora al lector con solo dos observaciones. La que nos interesa, para adjetivar como «sublime» la que llama «costa abismal» existente entre Iquique y Arica, «tan elevada y se aproxima tanto al carácter de enormes acantilados, de 1.000 pies de altura (304 metros aprox.), que es en realidad sublime», escribió. (Fitz Roy, 1839: 414). El hidrógrafo usa la palabra como sinónimo de grandeza o admirable, para aludir a los acantilados que se extienden por cientos de kilómetros a lo largo de la costa y cuya altura sobrepasa casi siempre los 500 metros, que pueden alcanzar hasta los 2.000, y cuyo promedio es de 700 metros. Es decir, conscientemente no la usa, aunque la escriba, para significar una naturaleza intimidante y aludir al placer asociado a la percepción de objetos que amenazan la existencia del observador, como se comprendió frecuentemente por el romanticismo. Inconscientemente sí lo hace, en el sentido romántico de sobrecogedora y amenazante, aunque sin escribir sublime, que reemplaza por estremecer, entre las cumbres en medio del mar donde el contexto permite deducir que efectivamente está conmovido por la belleza potencialmente terrorífica/aterradora del paisaje.



Entre los días 23 y 25 del mes de octubre del año 2013 se celebró el Vº Coloquio sobre darwinismo en Europa y América en la ciudad de Valdivia en Chile. El desarrollo de esta actividad fue posible gracias al trabajo, incluso la obsesión, de este grupo de investigadores que integran la «Red de Estudios de Historia de la Biología y la Evolución» y del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile institución que cobijó y apoyó este encuentro. Parte de los trabajos presentados en este encuentro dieron lugar al libro que ahora publicamos.

El título principal de este libro que ahora editamos, «Yammerschuner,» es un guiño a ese cercano contacto que el gran naturalista británico mantuvo con los indígenas americanos en su viaje en el *Beagle*. Las palabras del propio Darwin en el Diario el 19 de enero de 1833 en su interacción con los fueguinos dan una idea de la extrañeza y curiosidad que sintió en estos encuentros: «Era tan fácil complacer a estos salvajes como difícil dejarlos satisfechos. Jóvenes y viejos, hombres y niños no cesaban de repetir la palabra "yammerschuner", que significaba dame a mí.»

El libro muestra una gran diversidad de problemas en torno al evolucionismo y diversos enfoques para aproximarse al estudio histórico de la figura de Darwin, el darwinismo, la aceptación o no de sus ideas y la reformulación de éstas. Los trabajos que integran este volumen fueron resultado de ese esfuerzo y atrevimiento conceptual y disciplinar mostrado por los investigadores que participan, en su interés por ampliar el conocimiento histórico sobre el trabajo del sabio inglés y su asimilación por el resto de la sociedad.

En consecuencia, el libro que editamos nos ayuda a comprender lo que hemos denominado la «darwinización» de Europa y América Latina, recordando el término empleado por el filósofo evolucionista Carlos Castrodeza. Así encontramos en sus páginas artículos que describen la estancia de Darwin en algún punto de su viaje con reflexiones científicas e ideológicas, los análisis sobre el impacto de Darwin y la darwinización en Francia, Alemania o México, la importancia del darwinismo en España y en el ámbito latinoamericano los casos de Ecuador, Brasil y Argentina.

